

## **"He aquí que vengo, oh Dios, a hacer tu voluntad" (Heb 10,9)**

### **Primera Plática: Jesucristo y la voluntad del Padre**

*En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.*

*Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor.*

*Envía Señor tu Espíritu y serán creadas las cosas y renovarás la faz de la tierra. Oh Dios que habéis adoctrinado los corazones de tus fieles con las luces de tu Espíritu Santo, danos a gustar de todo lo recto y bueno según ese mismo Espíritu y gozar para siempre de tus celestiales consuelos. Por Cristo Nuestro Señor. Amén.*

*Ave María.*

*San Ignacio de Loyola, ruega por nosotros.*

El Papa Francisco nos invitaba a nosotros, los sacerdotes, hace poco, en la exhortación *Evangelii Gaudium* (EG), a confiar en la acción de Dios en nuestras predicaciones:

“Renovemos nuestra confianza en la predicación, que se funda en la convicción de que es Dios quien quiere llegar a los demás a través del predicador y de que Él despliega su poder a través de la palabra humana” EG 136.

Es por eso que comienzo pidiéndole a Dios que infunda su Espíritu en nosotros: en mí y en ustedes, para que este retiro dé muchos frutos de santidad. También, por supuesto, nos encomendamos a María, Mediadora de todas las Gracias.

El título del retiro de éste día es aquel versículo de la Carta a los Hebreos: *He aquí que vengo, oh Dios, a hacer tu voluntad* (Heb 10,7).

Antes de introducirnos directamente en este tema, yo quería dejar sentadas dos cosas que Uds. ya conocen pero me parece que vale la pena recordarlas. En **primer** lugar, es la idea de la **Eternidad**. Nosotros estamos aquí, en la tierra, de paso; nuestra patria es el Cielo, no somos eternos aquí en la tierra. Y si se tiene presente esta verdad cuando uno hace un retiro, reza, se acerca al Señor o en cualquier momento de la vida, nuestro peregrinar en esta tierra cambia su rumbo, y mira más a la eternidad.

Es un hecho... nos vamos a morir... Quizás cuando Uds. vean o escuchen este retiro, yo ya esté muerto... en ese caso no dejen de rezar por mí...

Tener presente entonces esto: los frutos del retiro se darán en cuanto me acerque a Dios, y a un Dios que me espera en la eternidad, en el Cielo.

En **segundo** lugar, lo otro que quería dejar sentado, es la **santidad**, el hecho de que Dios quiere que seamos santos. Esto no es algo que simplemente suena bonito, ¡Dios quiere que seamos santos! Y no es algo nuevo... sí, es cierto, el Concilio Vaticano II nos lo enseñó, nos lo repitió, pero es algo que tiene tanto tiempo como el que tiene la Iglesia, aún más, como el que tienen las Sagradas Escrituras.

Nuestro Señor lo dice muy claro en el Sermón de la Montaña: *sed perfectos como es perfecto vuestro Padre Celestial* (Mt 5,48). San Pablo en la Carta a los Tesalonicenses lo dirá también: *esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación* (1Tes 4,3). Tenemos que tener fe en que Dios quiere que seamos santos y que Dios puede hacernos santos, a pesar nuestro, a pesar de nuestras debilidades. Porque si yo hago un retiro espiritual y no tengo presente esto, puedo perder muchos frutos, puedo perder muchas gracias que Dios quiere darme. Dejémoslo bien claro entonces: ¡Dios quiere que seamos santos!, no santos quizás para los

altares, no santos tal vez que hagan milagros, porque eso es para algunos que Dios elige puntualmente; pero sí santos que vivan la perfección de la caridad, santos que sean capaces de dar testimonio de Cristo hasta las últimas consecuencias, santos, en definitiva, que vivan de manera cotidiana, el influjo del Espíritu Santo, es decir, la vida mística, que no es solamente para algunos, sino para todos los que dicen "sí" al Señor.

---

Entremos ahora en el tema de esta primera plática, y consideraremos el ejemplo que nos da Nuestro Señor del cumplimiento perfecto de la voluntad de Su Padre. Este versículo que acabamos de leer: *He aquí que vengo, oh Dios, a hacer tu voluntad* (Heb 10,7), está introducido por otros en los que el autor de la Carta a los Hebreos nos deja claro que, los sacrificios por los pecados en el Antiguo Testamento, no agradaron a Dios, en el sentido de que no fueron suficientes para pagar por nuestros pecados. Entonces san Pablo nos invita a considerar esa voluntad del Señor de venir al mundo pura y exclusivamente a hacer la voluntad de su Padre. Y notemos que se trata de una voluntad sacrificial porque, al entrar en el mundo, dice: *Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero me preparaste un cuerpo; los holocaustos y sacrificios por el pecado no te han agradado. Entonces dije: He aquí que vengo, como está escrito de mí al comienzo del libro, para hacer, oh Dios, tu voluntad* (Heb 10, 5-7).

La voluntad de su Padre, bien los sabe el Señor desde el principio, va a ser su muerte en Cruz, dar su vida por nosotros. Escuché una vez por ahí que Jesús se dio cuenta de que era Dios, cuando Juan lo Bautizó y escuchó la voz del Padre y el Espíritu Santo descendió en forma de paloma... Eso no es así, ¡cómo va a ser Dios y no darse cuenta! Por eso no está de más que el autor sagrado ponga, por así decirlo, en boca del Señor al encarnarse, esta verdad: que viene a cumplir la voluntad de Su Padre.

---

Sería hermoso en nuestra vida -varias veces me ha venido a la mente esta idea- poder conocer bien la vida del Señor, conocerla al detalle. Si un/una joven tiene un "ídolo", es fanático de un cantante, de un jugador de fútbol... de quien sea, seguramente va a conocer de él vida y obra: dónde nació, qué hizo, qué gustos tiene... ¡Cómo entonces nosotros cristianos, católicos, no vamos a conocer vida y obra, al detalle, de Nuestro Señor Jesucristo!

No es tan larga tampoco su vida, aunque cada trocito de la misma es un misterio, pero hermosísimo sería, con los datos que nos da la Escritura, conocer bien dónde nació, cómo fue su niñez, qué obras hizo, etc. Luego, saber también qué fue de su vida en los tres años de ministerio público: qué hizo en el primer mes, qué hizo en el segundo... parte del amor es el conocimiento.

Tenemos entonces la gracia de que la Sagrada Escritura nos da conocer la vida del Señor en su primer instante: *He aquí que vengo a hacer tu voluntad* (Heb 10,7); y esa voluntad firme del Señor de cumplir lo que el Padre le había encomendado, es una constante durante toda su vida, hasta el último momento.

Repasemos brevemente la vida del Señor así, a pantallazos, para poder darnos cuenta de esa idea que estamos tratando de dejar clara: el Señor vino a obedecer.

Y tan importante es esto en la vida de Jesús, que San Pablo pone en ella –la obediencia–, y no en otra cosa, la causa de la salvación de los hombres: *Así como por la desobediencia de un solo hombre [Adán], todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo [Jesucristo] todos serán constituidos justos* (Rm 5,19). Significa esto que el Señor nos redime, nos justifica, por la obediencia.

Nace en Belén por la obediencia; es llevado al Templo por sus padres, por obediencia a la Ley de Moisés; a los doce años, como sabemos, se queda en el Templo por obedecer: ocuparse de las cosas de su Padre... obedece durante 30 años a María y a José... ¡qué hermoso y cuánto nos enseña Jesús con esa obediencia! Lo único que sabemos de la vida oculta del Señor, además de la pérdida y el hallazgo en el templo, es lo que nos dice Lucas: *les estaba sujeto* (Lc 2, 51). ¡Qué misterio! Un monje pasó años meditando solamente ese pasaje... el que un Dios encarnado obedeciera a su Madre natural y a su padre nutricio durante 30 años, ¡cuánto que aprender tenemos nosotros del Señor! Hay que obedecer, no solamente directamente a Dios, sino también a aquellas personas que Él ha puesto con autoridad sobre nosotros.

Les cuento una anécdota de la vida de san Simón Estilista, ese santo muy particular que vivió 37 años en lo alto de una columna, que pasaba frío en invierno, calor en verano, no comía nada; la gente estaba admirada, no sabía si era un hombre o un ángel y los sabios padres del yermo, empezaron a preguntarse si verdaderamente era un santo, y para averiguarlo lo pusieron a prueba, enviando un delegado suyo que le mandara que bajase de la columna... Llegó el enviado y en nombre de los padres del yermo le mandó que bajase, e inmediatamente, Simón Estilista bajó de la columna. El enviado entonces le dijo que no hacía falta que se quedara debajo, sino que, simplemente, los padres querían asegurarse de que lo que estaba haciendo era de Dios. ¿Cómo se aseguraron?, de esta manera: probando su obediencia. La obediencia a quienes Dios pone como autoridad sobre nosotros es algo que tiene que estar presente en nuestra vida si queremos alcanzar la santidad.

Sigamos con la vida pública de Nuestro Señor Jesucristo: todo lo que hizo fue obedecer a su Padre; como dijimos, también obedeciendo a las personas: todo el que le pedía algo, un milagro, una curación... Él estaba ahí para ayudar...

En un momento, cuando estaba cansado cerca del pozo de Jacob donde había tenido la conversación con la Samaritana, cuando llegan los apóstoles que habían ido a buscar alimento al pueblo vecino y le insisten para que coma, el Señor les dice: *Yo tengo otro alimento...* (cfr. Jn 4, 32) los apóstoles, como suele pasar en la Escritura antes de la venida del Espíritu Santo, y como nos suele pasar a nosotros tantas veces, entienden que alguien le había traído alimento y se preguntaban quién habría sido (cfr. Jn 4, 33); pero no, el Señor aclara: *mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre y cumplir con su obra, cumplir con la obra que me ha encomendado* (cfr. Jn 4, 34). ¡Hermosísimo!

Pensemos. Para nosotros el alimento es una cosa agradable, algo necesario, tanto que si no lo tenemos, esto nos lleva a pensar en ello, pues cuando uno tiene hambre y no puede saciarla, o sed, difícilmente pueda dejar de pensar en esto. Todo eso y mucho más tenemos que aplicarlo a la voluntad de Dios, porque ese es el ejemplo que pone el Señor: para nosotros igual que para Cristo, nuestro alimento, nuestro gozo, nuestro sosiego, la "cosa" en la cual pensemos, tiene que ser cómo cumplir mejor la voluntad de Dios en nuestra vida.

En otro momento en que se ve la firme y férrea voluntad de Jesús en cumplir la voluntad de su Padre, es en el hecho de la cruz. El Señor la aceptó desde un comienzo, en su encarnación, y después, como lo plantea Fullton Sheen en su libro *La Vida de Cristo*, toda su vida, fue como un continuo ser perseguido por esa Cruz, es decir, la sombra de la Cruz fue proyectada en todos los momentos de la vida de Nuestro Señor Jesucristo.

Pensemos en su Nacimiento en un pesebre, en un establo, cómo no vamos a decir que es una cruz; perseguido desde pequeño en la Huida a Egipto; una vida oculta y humilde no deja de ser crucificante, aunque estaba nada más ni nada menos que con Su Madre, la Santísima Virgen María, sin duda no deja de ser un ejemplo de vida crucificada. También la vida pública de Jesús fue un constante ir hacia la cruz, hasta tal punto que san Lucas acomoda, de algún modo, todo su Evangelio en ese llamado "*Iter lucano*", o sea en ese "encaminarse" de Nuestro Señor hacia la cruz, hacia la Pasión. Dice así: *Cuando estaba por cumplirse el tiempo de su elevación al cielo, Jesús se encaminó decididamente hacia Jerusalén* (Lc 9, 51). La traducción original del griego sería: *endureció su rostro, en su deseo de ir a Jerusalén*, hacia la Pasión, a morir por nosotros, a cumplir hasta el final la voluntad del Padre.

El Señor dirá también: *con un bautismo tengo que ser bautizado y qué angustiado estoy hasta que se cumpla* (Lc 12, 50). Tenía deseos de llegar a la Pasión hasta tal punto que le daba angustia no llegar a ese momento, a ese Bautismo. Análogamente a esto también dirá el Señor: *Con ansia he deseado comer esta pascua con vosotros antes de padecer* (Lc 22, 15).

Recordarán aquello: *Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?* (Mt 16, 15), les dice el Señor; los apóstoles callan pero san Pedro, siempre primero, dice: *Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo* (Mt 16, 16) y el Señor lo alaba: *Bienaventurado eres, Simón Barjona, porque esto no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los Cielos* (Mt 16, 17). Inmediatamente después, el Señor habla de su Pasión y Pedro quiere evitársela. Entonces, con mucha fuerza Jesús le dice: *Vade retro Sátana: ¡Retírate y ponte detrás de mí, Satanás! Tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres* (Mt 16, 22-23). Qué firmeza que tiene el Señor cuando alguien, aunque sea san Pedro, quiere apartarlo de la Pasión;

qué firmeza en esa voluntad de cumplir lo que su Padre le había encomendado, mostrando su amor por nosotros hasta derramar hasta la última gota de Su sangre.

Jesús hizo siempre la voluntad de Dios. Va a decir Él mismo: *He bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado* (Jn 4, 34) y, san Pablo, para probar justamente que la obediencia se muestra sobre todo en la Pasión, en la cruz, dirá: *hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz* (usque ad mortem, mortem autem crucis) (Fil 2, 8). Y también: *aprendió por el sufrimiento lo que significa obedecer* (Heb 5, 8). Ahí, en ese sufrir por obediencia, tenemos que aprender del Señor imitándolo en nuestra vida.

Recordemos esa su oración fervorosísima, que tanto consuelo nos da, en el Huerto de los Olivos. Dice el Señor: *Padre, si es posible, aparta de Mí este Cáliz, pero no se haga Mi voluntad, sino la Tuya* (Lc 22, 42). Aunque cueste, debemos seguir adelante...

Cumple el Señor todo encomendado, hasta el final. Sus últimas palabras fueron: *todo está consumado... todo está cumplido* (Jn, 19, 30). La vida del Señor, entonces, desde este punto de vista aparece como un solo acto, una sola cosa hizo: la voluntad de Dios, desde la Encarnación hasta el último instante de su vida, hizo lo que el Padre quería.

¿Y por qué el Señor muestra este gran ejemplo de obediencia? Se podrían decir muchas cosas; yo quería destacar simplemente dos: por un lado, el ejemplo de **humildad** que nos da. Dice santo Tomás cuando habla de la Encarnación, que uno de los motivos por el cual Dios se encarnó es para mostrarnos un acto de humildad casi infinita; porque Él, de ser Dios, sin dejar de serlo, toma una naturaleza humana; una humildad abismal... ¿Por qué quiere darnos ese ejemplo? Responde el Angélico Doctor: porque lo que más nos aleja de



Dios es la soberbia, el orgullo... eso es lo que apartó a Satanás de Dios, eso es lo que apartó a Adán y Eva de Dios y es lo que nos aparta a nosotros día a día: la soberbia... El Señor se encarna entonces para mostrarnos su humildad y también, obedece, porque humildad y obediencia van de la mano. No se puede decir digan que no es obediente aquel que es humilde ni tampoco pensemos que somos humildes si no somos obedientes.

Por un lado eso entonces: mostrarnos la importancia de esa virtud para llegar a ser santos, para salvarnos y, por otro lado, el Señor nos da un ejemplo grandísimo de **amor**, de **caridad** porque, en definitiva, nuestra religión católica, nuestra fe, nuestro credo, se resume en una virtud: la caridad y, la perfección, la santidad, consiste en vivir la caridad heroica. El Señor obedece por amor, es el amor lo que hace que una persona obedezca a la otra, es el amor el que une voluntades, es el amor el que une inteligencias.

En el plano natural logramos verlo muy fácilmente: un hijo que no obedece a su padre, no podemos decir que lo quiere, que lo ama; lo mismo con su madre. Es el amor lo que une.

Dice Antoine Rivarol, escritor francés: *"Cuando los pueblos cesan de estimar cesan de obedecer"*, es lo mismo que venimos diciendo. Lo dice también claramente el Señor: *Conviene que el mundo conozca que yo amo al Padre, y que, según el mandato que me dio el Padre, así hago* (Jn 5, 36). Y a nosotros nos pide que le mostremos nuestro amor por el cumplimiento de su voluntad: *si me amáis cumpliréis mis mandamientos* (Jn 14, 15). Si quiero saber si amo al Señor, tengo que preguntarme si cumplo o no sus Mandamientos.

Cuaresma es tiempo de conversión, tiempo de acercarnos al Señor. Tratemos de ver, de revisar si estamos, nosotros, con ese espíritu de querer imitarlo en la obediencia, sobre todo en esa obediencia crucificante que es la más difícil, que a veces tanto nos cuesta.

Jesús obedeció toda su vida a Dios, obedeció también a los hombres y obedeció especialmente a una mujer. Durante 30 años el Señor obedeció a María... con José habrá estado un poco menos...

Dice, hermosísimamente, san Luis María *Grignon de Montfort* en su libro sobre la verdadera devoción a María Santísima:

*Jesucristo ha dado más gloria a Dios su Padre por la sumisión que ha tenido a su Madre durante treinta años, que la que le hubiera podido dar convirtiendo a toda la tierra por obra de las más grandes maravillas. ¡Oh! ¡Cuán altamente se glorifica a Dios cuando para complacerle nos sometemos a María, a ejemplo de Jesucristo, nuestro único modelo!* (Tratado de la Verdadera Devoción, 18)

Pidámosle entonces a Nuestra Madre no solo la Gracia de obedecer al Señor, sino también de obedecerle a Ella, porque Ella no quiere otra cosa sino que nosotros hagamos la voluntad de su Hijo. Como hizo en las Bodas de Caná cuando le robó al Señor ese acto que, misteriosamente parecía que Él quería hacerlo después... -lo quería hacer allí pero por pedido de María-. Ella nos dice siempre: *Haced lo que él os diga* (Jn 2, 5).

María nos alcance la obediencia filial a Nuestro Padre del Cielo y esa imitación perfecta del Señor por medio de la obediencia; también ese darle gloria a Dios pareciéndonos a su Hijo que le obedeció durante muchos años.

**Ave María Purísima, sin pecado concebida.**